

Septiembre de 1940 .-

(26)

Gonzalo,

Pensaba escribirle algunas letras para acompañarle copia de estos dos últimos cuentos que he escrito; pero ahora lo hago más que nada por decir algunas cosas a un amigo, que más que esto es un hermano de inquietudes, alguien que sin necesidad de muchas explicaciones va a comprender lo que deseo decir y todo lo que me va bullendo por dentro.

Con razón usted me decía hace algún tiempo que aunque tuviera mi familia una o más casas, yo siempre sería el mismo Balta. Por mi parte creo que cualquiera que sienta lo que nosotros sentimos no puede cambiar por ninguna circunstancia, especialmente porque se vaya progresando en situación económica. Me parece imposible que se pueda estrangular el espíritu para anularlo a la rutina de la casa con comodidades, de la familia que lo mira, de las ocho horas de la oficina, en fin de todas estas partículas que componen la monotonía de un mismo medio vivido durante años. Desentenderse de eso que para nosotros es parte esencial de nuestra existencia, es tarea que no se puede intentar siquiera.

No sé si antes ya le he hablado de mi aburrimiento progresivo entre estos estrechos tabiques. Es algo que me hace pasar días enteros molesto y desconforme con todas las cosas que me rodean. Es entonces cuando es tan necesaria la compañía de amigos como Oscar Castro y usted, Gonzalo. De ahí que le escriba estos problemas, como si con ello hubiese encontrado un cauce por donde canalizar. Acá hay muchos otros amigos, como Oscar Vila, Raúl González, y otros, pero con ellos uno no puede abrir francamente lo que lleva adentro porque parece que tuvieran algo que los hiciera alejarse de nosotros, como si no estuvieran estructurado de la misma materia, si se quiere, espiritual. Ellos pueden ser artistas, comprendernos, pero no pueden llegar hasta donde nosotros vamos con nuestras inquietudes. ¿No le parece?

Ha habido tantos detalles que me han impedido emprender mi tan esperado viaje al extranjero, que es mejor no enumerarlos. Pero me parece que el principal es este de la familia. El ser el menor y el único hombre, es un lastre terrible que pesa enormemente. Sin embargo estoy convenciéndome que es preferible pasar desapercibido en esto, y no detenerse a pensar los disgustos y pesares que uno pueda ocasionar con una partida larga. Especialmente en el caso mío, donde un viaje como el que proyecto me sería de un beneficio incalculable; considerando mi juventud y las esperanzas benévolas que han cifrado en mí los que conocen mi modesta producción literaria.

Ahora estoy aquí, en mi pieza; traigo en las manos la jornada de ocho horas recién cumplida; un poco de lectura y a esperar la jornada de mañana, y así sucesivamente. Salgo a la calle, y ahí están las mismas caras, las mismas voces estúpidas, los mismos gestos, los mismos idiotas tomando la vida con su criterio hueco y angosto. A veces me hago la intención de ir hasta usted para salir por un tiempo de esto, pero estoy contaminado con la flojera del pueblo, con la rutina que me ha oxidado el ánimo, y me quedo, me quedo a seguir mirando pasar las horas y los días. De todas maneras, mantengo la esperanza de que pronto podré alcanzar hasta allá.

Cuando estaba en Sewell, me había entrado la locura de casarme. Ahora estoy seguro que era el medio, el sistema de vida restringido, el que me había influenciado para ello. Yo lo pensaba también en aquel tiempo y por eso tuve la precaución de esperar. Habría sido una tontera, porque además de mi juventud la chiquilla era una pobre mujercita casi sin cultura, sin una chispa que la hubiese acercado a mi modo de ser. Después de aquello he pasado casi sin tener relaciones con estas chiquillas pueriles; las he encontrado tremendamente tontas y banales, con sus costumbres ridículas y sus prejuicios fuera de lógica y de todo. Sin embargo, hace algo así como dos meses he encontrado una mujer; posiblemente la mujer que yo esperaba en mis ratos de buceamiento por el porvenir; la mujer que yo había odificado para que se adaptara a mi espíritu, a mis inquietudes. Desgraciadamente la he encontrado en el polo opuesto a mi criterio sobre

[Carta] 1940 septiembre, Rancagua, Chile [a] Gonzalo Drago
[manuscrito] Baltazar Castro.

AUTORÍA

Castro, Baltazar, 1919-1989

FORMATO

Manuscrito

DATOS DE PUBLICACIÓN

[Carta] 1940 septiembre, Rancagua, Chile [a] Gonzalo Drago [manuscrito] Baltazar Castro. 3 h. ; 27,5 x 21,5 cm.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile